

remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré; y desde Cortés les hubo mandado que anduviesen en los bergantines, y les repartió los ballesteros y escopeteros y pólvora y tiros é saetas y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantin las banderas reales y otras banderas del nombre que se decía ser el bergantin, y otras cosas que convenian, nombró por capitanes para cada uno dellos á los que ahora aquí diré: á Garcí-Holguín, Pedro Barba, Juan de Limpías, Carvajal el sordo, Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal, su compañero, que ahora es muy viejo y vive en la calle de San Francisco; é á un Portillo, que entonces vino de Castilla, buen soldado, que tenía una mujer hermosa; é á un Zamora, que fué maestre de navíos, que vivía ahora en Guaxaca; é á un Colmenero, que era marinero, buen soldado; é á un Lerma é á Ginés Nortes é á Briones, natural de Salamanca; el otro capitán no me acuerdo su nombre; é á Miguel Díaz de Auz; é cuando los hubo nombrado, mandó á todos los ballesteros y escopeteros é á los demás soldados que habían de remar, que obedeciesen á los capitanes que les ponía y no saliesen de su mandado, so graves penas; y les dió las instrucciones que cada capitán había de hacer y en qué puesto habían de ir de las calzadas é con qué capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle á decir á Cortés que venían los capitanes de Tlascalca con gran copia de guerreros, y venía en ellos por capitán general Xicotenga el mozo, el que fué capitán cuando las guerras de Tlascalca, y este fué el que nos trataba la traición en Tlascalca cuando salimos huyendo de Méjico, según otras muchas veces lo he referido; é que traía en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo don Lorenzo de Várgas, é que traía gran copia de tlascaltecas y de Guaxocingo, y otro capitán de cholultecas; y aunque eran pocos, porque á lo que siempre vi, después que en Cholula se les hizo el castigo ya otra vez por mí dicho en el capítulo que dello habla, después acá jamás fueron con los mejicanos ni aun con nosotros, sino que se estaban á la mira, que aun cuando nos echaron de Méjico no se hallaron ser nuestros contrarios. Dejemos esto, y volvamos á nuestra relación: que como Cortés supo que venía Xicotenga y sus hermanos y otros capitanes, é vinieron un día primero del plazo que les enviaron á decir que viniesen, salió á les recibir Cortés un cuarto de legua de Tezcuco, con Pedro de Albarado y otros nuestros capitanes; y como encontraron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato y les abrazó, y á todos los mas capitanes, y venían en gran ordenanza y todos muy lucidos, con grandes divisas cada capitania por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas; traían sus alféreces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas y espadas de á dos manos y varas con tiraderas, é otros macanas y lanzas grandes é otras chicas é sus penachos, y puestos en concierto y dando voces y gritos é silbos, diciendo: «¡Viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlascalca, Tlascalca!» Y tardaron en

entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real había; é después de muchos abrazos y ofrecimientos que los haría ricos, se despidió dellos y les dijo que otro día les diría lo que habían de hacer, é que ahora venían cansados, que reposasen; y en aquel instante que llegaron aquellos caciques de Tlascalca que dicho tengo, entraron en nuestro real cartas que enviaba un soldado que se decía Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de Méjico obra de noventa leguas; y lo que en ella se contenía era que habían muerto los mejicanos en el tiempo que nos echaron de Méjico á tres compañeros suyos cuando estaban en las estancias y minas donde los dejó el capitán Pizarro, que así se llamaba, para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si había minas ricas de oro, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y que el Barrientos que se acogió á aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de mejicanos. Este pueblo fué donde trujeron las picas cuando fuimos sobre Narvaez. Y porque no hacen al caso á nuestra relación otras particularidades que decía en la carta, se dejará de decir; y Cortés sobre ella le escribió en respuesta dándole relación de la manera que íbamos de camino para poner cerco á Méjico, y que á todos los caciques de aquellas provincias les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los mejicanos. Dejemos esto, y digamos cómo Cortés ordenó de la manera que habíamos de ir á poner cerco á Méjico, y quién fueron los capitanes, y lo que mas en el cerco sucedió.

CAPITULO CL.

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros por tierra á poner cerco á la gran ciudad de Méjico, y los capitanes que nombró para cada guarnición, y los soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habíamos de asentar nuestros reales.

Mandó que Pedro de Albarado fuese por capitán de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dió treinta de á caballo y diez y ocho escopeteros y ballesteros, y nombró que fuesen juntamente con él á Jorge de Albarado, su hermano, y á Gutierre de Badajoz y á Andrés de Monjaraz, y estos mandó que fuesen capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto á una capitania como á otra; y que el Pedro de Albarado fuese capitán de los de á caballo y general de las tres capitánias, y le dió ocho mil tlascaltecas con sus capitanes, y á mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Albarado, y que fuésemos á poner sitio en la ciudad de Tacuba; y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahigos y gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas y lanzas y macanas y otras armas de espadas de á dos manos con que los mejicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados; y aun con todo esto, cada día que bata-

llábamos había muertos y heridos, según adelante diré. Pasemos á otra capitania.

Dió á Cristóbal de Olí, que era maestre de campo, otros treinta de á caballo y ciento y setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, según de la manera que los dió á Pedro de Albarado; y le nombró otros tres capitanes, que fué Andrés de Tapia y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen los soldados y escopeteros y ballesteros; y que el Cristóbal de Olí fuese capitán general de las tres capitánias y de los de á caballo, y le dió otros ocho mil tlascaltecas, y le mandó que fuese á asentar su real en la ciudad de Cuycocan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnición de soldados hizo capitán á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dió veinte y cuatro de á caballo y catorce escopeteros y ballesteros y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y mas de ocho mil indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo y de otros pueblos por donde el Sandoval había de ir, que eran nuestros amigos, y le dió por compañeros y capitanes á Luis Marin y á Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese á su cargo los de á caballo y que fuese general de todos, y que sentase su real junto á Iztapalapa, é que le diese guerra y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado; y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitán de los bergantines, estaba muy á punto para salir con los trece bergantines por la laguna; en los cuales llevaba trecientos soldados, con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí habíamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos á mano derecha y los otros desviados por otro camino; y esto es así, porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que á juntar. Dejemos de hablar mas en ello, y digamos que á cada capitán se le dió las instrucciones de lo que les era mandado; y como nos habíamos de partir para otro día por la mañana, y porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las capitánias de Tlascalca hasta llegar á tierra de mejicanos. E yendo que iban los tlascaltecas descuidados con su capitán Chichimecatecle, é otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga el mozo, que era el capitán general dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se había hecho ó adónde se había quedado, alcanzaron á saber que se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascalca, y que iba á tomar por fuerza el cacicazgo é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle; y las causas que para ello decían los tlascaltecas eran, que como el Xicotenga el mozo vió ir los capitanes de Tlascalca á la guerra, especialmente á Chichimecatecle, que no tendría contraditores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga el ciego, que como padre le ayudaría, y nuestro amigo Masse-Escaci, que ya era muerto; é á quien temía era al Chichimecatecle. Y también dijeron que siempre

conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir á la guerra de Méjico, porque le oían decir muchas veces que todos nosotros y ellos habían de morir en ella. Pues desde aquello vió y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba á tomar, vuelve del camino mas que de paso, é viene á Tezcuco á hacerse saber á Cortés; é como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlascalca, amigos del Xicotenga, á hacerse volver del camino, y le dijese que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mejicanos, y que mire que su padre don Lorenzo de Várgas, si no fuera viejo y ciego, como estaba, viniera sobre Méjico; y que pues toda Tlascalca fueron y son muy leales servidores de su majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envié á hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daría oro y mantas porque volviese; y la respuesta que le envié á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escaci le hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dijo que no quería venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento á un alguacil, y con cuatro de á caballo y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen que lo ahoreasen; é dijo: «Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos;» y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Albarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés ó le dió buena respuesta ó secretamente mandó al alguacil é á los de á caballo que no le dejasen con la vida; y así se hizo, que en un pueblo sujeto á Tezcuco le ahorcaron, y en esto hubieron de parar sus traiciones. Algunos tlascaltecas hubo que dijeron que su padre don Lorenzo de Várgas envió á decir á Cortés que aquel su hijo era malo y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dejemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel día sin salir de Tezcuco; y otro día, que fueron 13 de mayo de 1521 años, salimos entrambas capitánias juntas; porque así Cristóbal de Olí como Pedro de Albarado habíamos de llevar un camino, y fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, que se dice Aculma; y pareció ser que el Cristóbal de Olí envió adelante á aquel pueblo á tomar posada, y tenía puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuteas; y cuando llegamos con Pedro de Albarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habíamos echado mano á las armas los de nuestra capitania contra los de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos; y desde allí lo hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á fray Pedro Melgarejo y al capitán Luis Marin, y escribió á los capitanes y á todos nosotros, reprendiéndonos por la cuestion y persuadiéndonos la paz; y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes, que fué Pedro de Albarado y Cristóbal de Olí;

y otro día fuimos caminando entrambas las capitánias juntas, y fuimos á dormir á un gran pueblo que estaba despoblado, porque ya era tierra de mejicanos; y otro día fuimos nuestro camino también á dormir á otro gran pueblo que se decía Guautitlan, que otras veces he nombrado, y también estaba sin gente; é otro día pasamos por otros dos pueblos, que se decían Tenayuca y Escapuzalco, y también estaban despoblados; y asimismo se aposentaron todos nuestros amigos los tlascaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones y trujeron de comer, y con buenas velas y escuchas y corredores del campo, como siempre teníamos para que no nos cogiesen desaparecidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras veces que la ciudad de Méjico está junto á Tacuba; é ya que anochece oímos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios y que no éramos hombres para salir á pelear con ellos; y tenían tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas asimismo llenas de guerreros, y aquellas palabras que nos decían eran con pensamiento de nos indignar para que saliésemos aquella noche á guerrear, y herirnos mas á su salvo; y como estábamos escarmentados de lo de las calzadas y puentes muchas veces por mí nombradas, no quisimos salir hasta otro día, que fué domingo, después de haber oído misa, que nos la dijo el padre Juan Díaz; y después de nos encomendar á Dios, acordamos que entrambas capitánias juntas fuésemos á quebrar el agua de Chalputepeque, de que se proveía la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. E yendo á les quebrar los caños, topamos muchos guerreros, que nos esperaban en el camino; porque bien entendido tenían que aquello había de ser lo primero en que los podríamos dañar; y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comenzaron á nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, é nos hirieron á tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlascala los siguieron de manera, que mataron veinte y prendieron siete ó ocho dellos; y como aquellos grandes escuadrones estuvieron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua á su ciudad, y desde entonces nunca fué á Méjico entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos á dar una vista y entrar por la calzada de Tacuba y hacer lo que pudiésemos para les ganar una puente; y llegados que fuimos á la calzada, eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros y en las mismas canoas é calzadas, que nos admirábamos dello; y tiraron tanta de vara y flecha y piedra con hondas, que en la primera refriega hirieron treinta de nuestros soldados é murieron tres; y aunque nos hacían tanto daño, todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente, y á lo que yo entendí, ellos nos daban lugar á ello, por meternos de la parte de la puente; y como allí nos tuvieron, digo que cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros, que no nos podíamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer á tan gran poderío que estaban de la una parte y de la otra de la calzada y daban en nos-

otros como á terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacían sino armar y tirar á las canoas, no les hacíamos daño, sino muy poco, porque las traían muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetíamos á los escuadrones que peleaban en la misma calzada luego se echaban al agua, y había tantos dellos, que no nos podíamos valer. Pues los de á caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herían los caballos de la una parte y de la otra desde el agua; y ya que arremetían tras los escuadrones, echábanse al agua, y tenían hechos unos mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas que habían hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de Méjico é salimos huyendo; y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de un hora, y tanta prisa nos daban, que no nos podíamos sustentar contra ellos; y aun vimos que venía por otras partes una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas, y conociendo esto nuestros capitanes y todos nuestros soldados, apercebimos que los amigos tlascaltecas que llevábamos nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear; y acordamos de con buen concierto retraernos y no pasar mas adelante. Pues cuando los mejicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlascaltecas, ¿qué grita y alaridos nos daban! Y cómo se venían á juntar con nosotros pié con pié, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada hincheron de vara y flecha é piedra de las que nos tiraban, pues las que caían en el agua muchas mas serían; y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos y mas de cincuenta heridos; y aun con todo esto nos daban grita y decían vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los tlascaltecas les decían que saliesen á tierra y que fuesen doblados los contrarios, y pelearian con ellos. Esta fué la primera cosa que hicimos, quitales el agua y darle vista á la laguna, aunque no ganamos honra con ellos; y aquella noche nos estuvimos en nuestro real y se curaron los heridos, y aun se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escuchas; y otro día de mañana dijo el capitán Cristóbal de Olí que se quería ir á su puesto, que era á Cuyoacoan, que estaba de allí legua y media; é por mas que le rogó Pedro de Albarado y otros caballeros que no se apartasen aquellas dos capitánias, sino que se estuviesen juntas, jamás quiso; porque, como ora el Cristóbal muy esforzado, y en la vista que el día antes dimos á la laguna no nos sucedió bien, decía el Cristóbal de Olí que por culpa de Pedro de Albarado habíamos entrado inconsideradamente; por manera que jamás quiso quedar, y se fué adonde Cortés le mandó, que es Cuyoacoan, y nosotros nos quedamos en nuestro real; y no fué bien apartarse una capitania de otra en aquella sazón, porque si los mejicanos tuvieran aviso que éramos pocos soldados, en cuatro ó cinco días que allí estuvimos apartados antes que los bergantines viniesen, y dieran sobre nosotros y en los de Cristóbal de Olí, corriéramos harto trabajo ó hiciera gran daño. Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y el Cristóbal de

Olí en su real, sin osar dar mas vista ni entrar por las calzadas, y cada día teníamos en tierra rebatos de muchos mejicanos que salían á tierra firme á pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en parte donde fuesen señores de nosotros y no les pudiésemos hacer ningun daño. Y dejallo he aquí, y diré cómo Gonzalo de Sandoval salió de Tezcuco cuatro días después de la fiesta de Corpus Christi, y se vino á Iztapalapa, que casi todo el camino era de amigos y sujetos de Tezcuco; y como llegó á la poblacion de Iztapalapa, luego les comenzó á dar guerra y á quemar muchas casas de las que estaban en tierra firme, porque las demás casas todas estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas, que luego vinieron en socorro de aquella ciudad grandes escuadrones de mejicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla y grandes reencuentros cuando peleaban en tierra; y después de acogidos á las canoas, les tiraban mucha vara y flecha y piedra, y herían algunos soldados. Y estando desta manera peleando, vieron que en una sierrezuela que está allí junto á Iztapalapa en tierra firme hacían grandes ahumadas, y que les respondían con otras ahumadas de otros pueblos que están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de Méjico y de todos los pueblos de alrededor de la laguna, porque vieron á Cortés que ya había salido de Tezcuco con los trece bergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcuco no aguardó allí mas Cortés; y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna fué combatir á un peñol que estaba en una isleta junto á Méjico, donde estaban recogidos muchos mejicanos, así de los naturales de aquella ciudad como de los forasteros que se habían ido á hacer fuertes; y salió á la laguna contra Cortés todo el número de canoas que había en todo Méjico y en todos los pueblos que están poblados en el agua ó cerca de ella, que son Suchimileco, Cuyoacoan, Iztapalapa é Hui-chilobusco y Mexicalcingo, é otros pueblos que por no me detener no nombro, y todos juntamente fueron contra Cortés, y á esta causa alojaron algo los que daban guerra en Iztapalapa á Sandoval; y como todos los mas de aquella ciudad en aquel tiempo estaban poblados en el agua, no les podía hacer mal ninguno, puesto que á los principios mató muchos de los contrarios; y como llevaba muy gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblaciones. Dejemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podía venir con su gente á Cuyoacoan sino era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera, no hubiera bien entrado cuando le desbarataran los contrarios, por causa que por entrambas á dos partes del agua le habían de guerrear, y él no había de ser señor de poderse defender, y á esta causa se estuvo quedo. Dejemos al Sandoval, y digamos que como Cortés vió que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran mas de cuatro mil canoas; y dejó el combate del peñol y se puso en parte de la laguna, para si se viese en aprieto poder salir con sus bergantines á lo largo y correr á la parte que quisiese, y mandó á sus capitanes que en ellos venían que no curasen de embestir ni apretar contra canoas ningunas

hasta que refrescase mas el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba á ventear; y como las canoas vieron que los bergantines reparaban, creían que de temor dellos lo hacían, y era verdad como lo pensaron, y entonces les daban mucha prisa los capitanes mejicanos, y mandaban á todas sus gentes que luego fuesen á embestir con nuestros bergantines; y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena prisa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas dellas y prendieron y mataron muchos indios, y las demás canoas se fueron á recoger entre las casas que están en la laguna, en parte que no podían llegar á ellas nuestros bergantines; por manera que este fué el primer combate que se hubo por la laguna, é Cortés tuvo vitoria, gracias á Dios por todo, amen. Y como aquello fué hecho, se fué con los bergantines hácia Cuyoacoan, adonde estaba asentado el real de Cristóbal de Olí, y peleó con muchos escuadrones mejicanos que le esperaban en partes peligrosas, creyendo de tomarle los bergantines; y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna y desde unas torres de ídolos, mandó sacar de los bergantines cuatro tiros, y con ellos daba guerra, y mataba y hería muchos indios; y tanta prisa tenían los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscaron algunos dellos las caras y manos; y luego despachó Cortés un bergantin muy ligero á Iztapalapa al real de Sandoval para que trajesen toda la pólvora que tenía, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dejemos á Cortés, que siempre tenía rebatos de mejicanos, hasta que se juntó en el real de Cristóbal de Olí, y en dos días que allí estuvo siempre le combatían muchos contrarios; y porque yo en aquella sazón estaba en lo de Tacuba con Pedro de Albarado, diré lo que hicimos en nuestro real; y es que, como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante y con gran concierto, y no como la primera vez, y les llegamos á la puente, y los ballesteros y escopeteros con mucho concierto, tirando unos y armando otros, y á los de á caballo les mandó Pedro de Albarado que no entrasen con nosotros entre las calzadas; y desta manera estuvimos, unas veces peleando y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada día teníamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados; y también entendíamos en adobar los malos pasos. Dejemos esto, y digamos cómo Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podía hacer mal á los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos á él le herían sus soldados, acordó de se venir á unas casas é poblacion que estaban en el agua, que podían entrar en ellas, y les comenzó á combatir; y estándoles dando guerra, envió Guatemuz, gran señor de Méjico, á muchos guerreros á los ayudar y deshacer y abrir la calzada por donde había entrado el Sandoval, para tomalles dentro y que no tuviesen por donde salir; y envió por otra parte mucha mas gente de guerra; y como Cortés estaba con Cristóbal de Olí, é vieron salir gran copia de canoas hácia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines y con toda la capitania de Cristóbal de Olí hácia Iztapalapa en busca de Sandoval;

é yendo por la laguna con los bergantines y el Cristóbal de Oli por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos mejicanos, y tuvieron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fueron con los bergantines é le hallaron peleando con el escuadron de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea; y luego mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que dejase aquello de Iztapalapa é fuese por tierra á poner cerco á otra calzada que va desde Méjico á un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. E digamos cómo Cortés repartió los bergantines, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CLI.

Cómo Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del mas pequeño bergantin, que se decía Busca-Ruido, y de lo demás que pasó.

Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendimos que sin los bergantines no podríamos entrar por las calzadas para combatir á Méjico, envió cuatro dellos á Pedro de Albarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Oli, dejó seis bergantines, y á Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, envió dos; y mandó que el bergantin mas pequeño que no anduviese mas en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban mandó repartir en esotros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desde nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Albarado que los dos dellos anduviesen por la una parte de la calzada y los otros dos de la otra parte, é comenzamos á pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solian dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban; y así, teníamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas; y cuando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los mas soldados nos descalabraban, y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartía no dejábamos la pelea y combate. Pues quiero decir el mudarse de escuadrones con sus divisas é insignias de las armas que de los mejicanos se remudaban de rato en rato, pues á los bergantines cuál los paraban de las azuteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era mas que granizo, y no lo sé aquí decir ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos, que venía tanta multitud dellas como granizo, é de presto cubrían la calzada; pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente ó albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habian de tornar á ahondar, y ponian muy mejores defensas, y aun hacian hoyos encubiertos en el agua, para que otro día cuando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarzásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos; porque ansimismo tenían aparejadas muchas canoas para ello, puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines, para cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra y los otros

por el agua dar en nosotros; y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir á ayudar tenían hechas muchas estacadas en el agua, encubiertas en partes que en ellas zaboradasen, y desta manera peleábamos cada día. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetían ó daban alcance á los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua, y á unos mamparos que tenían hechos en las calzadas, donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, ó dalles que habian hecho muy mas largas que son las nuestras, de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en Méjico; y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y vara é piedra que tiraban de la laguna, herian y mataban los caballos antes que se les hiciese á los contrarios daño; y demás desto, los caballeros cuyos eran no los querian aventurar, porque costaba en aquella sazón un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban á mas de mil, y no los habia, especialmente no pudiendo alancear por las calzadas sino muy pocos contrarios. Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos despartía curábamos nuestros heridos con aceite, é un soldado que se decía Juan Catalan, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que nuestro Señor Jesucristo era servido de darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada día nos hacia, y de presto sanaban; y así heridos y entrapajados habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitania veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlascalca, como veian que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar. Pues quiero decir de nuestros capitanes y vallecillos y compañeros de bandera, que saliamos llenos de heridas y las banderas rotas, y digo que cada día habiamos menester un alferez, porque saliamos tales, que no podian tornar á entrar á pelear y llevar las banderas; pues con todo esto, por ventura teniamos que comer, no digo de falta de tortillas de maíz, que hartas teniamos, sino algun refrigerio para los heridos maldito aquel. Lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los indios, y cerezas de la tierra mientras las habia, y después tunas, que en aquella sazón vino el tiempo dellas; y otro tanto como haciamos en nuestro real, hacian en el real donde estaba Cortés y en el de Sandoval, que jamás dia alguno faltaban capitancias de mejicanos, que siempre les iban á dar guerra; ya he dicho otras veces que desde que amanecía hasta la noche; porque para ello tenia Guatemuz señalados los capitanes y escuadrones que á cada calzada habian de acudir, y el Taltelulco é los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenian señaladas, para que en viniendo una señal en el cuy mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenían los capitanes mejicanos señalados y con gran concierto cómo y cuándo y á qué partes habian de acudir. Dejemos esto, y digamos cómo nosotros mudamos otra ór-

den y manera de pelear, y es esta que diré: que como viamos que cuantas obras de agua ganábamos de dia, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los mas estábamos heridos, lo tornaban á cegar los mejicanos, acordamos que todos nos fuésemos á meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que las habiamos ya ganado, y habia espacio para hacer nuestros ranchos, aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojábamos, é no eran para mas de cubrirnos del sereno é del sol; y dejamos en Tacuba las indias que nos hacian pan, y quedaron en su guarda todos los de á caballo y nuestros amigos los de Tlascalca, para que mirasen y guardasen los pasos, no viniesen de los pueblos comarcanos á darnos en la rezaga en las calzadas mientras que estábamos peleando; y desde que hubimos asentado nuestros ranchos adonde dicho tengo, desde allí adelante procuramos que luego las casas ó barrios ó aberturas de agua que les ganásemos, que luego lo cegásemos, y que las casas diésemos con ellas en tierra y las deshiciésemos, porque ponellas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas á otras no se podian encender, porque, como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes ó en canoas no pueden ir de una parte á otra; porque si queriamos ir por el agua nadando, desde las azuteas que tenían nos hacian mucho mal, y derrocándose las casas estábamos muy mas seguros, y cuando les ganábamos alguna albarrada ó puente ó paso malo donde ponian mucha resistencia, procurábamos de la guardar de dia y de noche, y es desta manera que todas nuestras capitancias velábamos las noches juntas; y el concierto que para ello se dió fué, que tomaba la vela desde que anohecia hasta media noche la primera capitania, y eran sobre cuarenta soldados, y desde media noche hasta dos horas antes que amaneciese tomaba la vela otra capitania de otros cuarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí en el suelo dormiamos, y este cuarto es el de la modorra; y luego venian otros cuarenta y tantos soldados, y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que habia hasta el dia, y tampoco se habian de ir los que velaban la modorra, que allí habian de estar; por manera que cuando amanecía nos hallábamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches, cuando sentiamos mucho peligro, desde que anohecia hasta que amanecía todos los del real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los mejicanos, por temor no nos rompiesen, porque teniamos aviso de unos capitanes mejicanos que en las batallas prendimos, que el Guatemuz tenia pensamientos y puesto en plática con sus capitanes que procurasen en una noche ó de dia romper por nosotros en nuestra calzada, é que viniéndonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas, donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval; y tambien tenia concertado que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba y Capuzalco y Tenayuca, que se juntasen, que para el dia que ellos quisiesen romper y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, é que las indias que nos hacian pan, que teniamos en Tacuba, y fardaje, que las

llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos á saber, apercebimos á los de á caballo, que estaban en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y tambien á nuestros amigos los tlascaltecas; y así como el Guatemuz lo tenia concertado lo puso por obra, que vinieron muy grandes escuadrones, y unas noches nos venian á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otras al cuarto del alba, é venian algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud; y cuando llegaban adonde estábamos velando, la vara, y piedra y flecha que tiraban, é otros muchos con lanzas, era cosa de ver; y puesto que herian algunos de nosotros, cómo los resistiamos, volvíamos muchos heridos, é otros muchos guerreros vinieron á dar en nuestro fardaje, é los de á caballo é tlascaltecas los desbarataron diferentes veces; porque, como era de noche, no aguardaban mucho; y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos y heridos, allí habiamos de estar; y aun esta miseria de tortillas é yerbas que habiamos de comer, ó tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, habia de ser; pues con todos estos recaudos que poniamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban abrir la puente ó calzada que les habiamos ganado, que no se les podia defender de noche que no lo hiciesen, é otro dia se la tornábamos á ganar y á cegar, y ellos á la tornar á abrir é hacer mas fuerte con mamparos, hasta que los mejicanos mudaron otra manera de pelear, la cual diré en su coyuntura. Y dejemos de hablar de tantas batallas como cada dia teniamos, y otro tanto en el real de Cortés y en el de Sandoval, y digamos que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chalputepeque, ni menos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua. Ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándose en nuestros reales, no sirviendo de mas de cuando peleábamos poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas y de los que peleaban de las azuteas; porque los mejicanos metian mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua; porque en canoas les proveian de noche, é de otros pueblos sus amigos, de maíz é gallinas y todo lo que querian; é para otro dia evitar que no les entrase aquesto, fué acordado por todos los tres reales que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna á dar caza á las canoas que venian cargadas con bastimentos é agua, é todas las canoas que se les pudiesen quebrar ó traer á nuestros reales, que se las tomasen; y hecho este concierto, fué bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacian falta de noche los dos bergantines, mas hicieron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos é agua; y aun con todo esto no dejaban de ir muchas canoas cargadas dello; y como los mejicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no habia dia que no traian los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas. Dejemos esto, y digamos el ardid que los mejicanos tuvieron para tomar nuestros bergantines y